

# EL HOMBRE QUE CREÍA DEMASIADO. FRANCISCO DE ASÍS EN CHESTERTON\* DE ANDRÉS FELIPE LÓPEZ LÓPEZ

PALABRA DE CLÍO, MÉXICO D. F.: 2022, 189 P.

Ezequiel Quintero Gallego<sup>1</sup>

\* **Cómo citar esta reseña:** Quintero Gallego, E. (2023). Reseña del libro *El hombre que creía demasiado. Francisco de Asís en Chesterton* de Andrés Felipe López López. *Estudios de Literatura Colombiana* 52, pp. 233-236. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.351108>

 [ezequint@ucm.es](mailto:ezequint@ucm.es)  
Universidad Complutense de Madrid,  
España

El Francesillo, Francesco o como más nos gusta: Francisco de Asís. Nombre luminoso que aparece cuando hablamos de aquellos que llevaron el proyecto del cristianismo hasta sus últimas consecuencias. Ese santo del siglo XII que se enfrentó al Lobo de Gubbio en el poema *Los motivos del lobo*, ese mismo que cantó a las hermanas estrellas, a los hermanos onagros y al hermano fuego está sentado a orillas de las aguas que bajan por un monte junto al escritor inglés Gilbert Keith Chesterton, cristiano converso y maestro de la paradoja en los albores del siglo XX. A esa diada insólita, que rompe la lógica del tiempo, se suma un tercero: Andrés Felipe López, ensayista colombiano que hoy publica su decimotercer libro dentro de lo que parece ser un impulso imaginativo que no tiene fin: *El hombre que creía demasiado. Francisco de Asís en Chesterton* (2022), publicado por la editorial mexicana Palabra de Clío.

En ese monte, donde el agua penetra el perfume de las hojas, están los tres conspirando, fraguando una revuelta contra un mundo que ha olvidado el espíritu. Conversan, se ríen, discuten, debaten rodeados por la hermana Naturaleza, que no madre, pues en ella somos iguales y cada individuo que la habita tiene la

**Editores:** Andrés Vergara Aguirre,  
Christian Benavides Martínez

**Recibido:** 31.08.2022  
**Aprobado:** 24.11.2022  
**Publicado:** 31.01.2023

**Copyright:** ©2023 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



misma dignidad. Pero ¿qué es eso esencial que los reúne? ¿Sobre qué pueden conversar tres hombres tan distintos, de épocas tan distantes y con palabras tan diferentes? Sobre una y la misma cosa, siempre: el Amor. Como pastores virgilianos o cervantinos se convocan en cofradía de amigos para entender quiénes somos, qué podemos hacer para cambiar este mundo que hemos hecho miserable y cómo podemos asumir la paradoja de la vida humana. Se escucha la voz de uno de ellos:

Pero, solo a partir de esta fraternidad hacia el universo y de aquella hermandad con la naturaleza habría que pensar en cuánta falta hace a nosotros, los hombres del hoy, relaciones así, pues el agotamiento de la Tierra en la orgía del producir y producir para otra del consumir y consumir, la falta de ética en el uso de los recursos, el uso destructivo o masivamente destructivo de entidades de la naturaleza en el forjamiento de armas, tienen como inherencia una contradicción: acabar con la vida y la naturaleza para vivir nosotros mientras ellas se agotan o mueren. Una fraternidad con el universo y hermandad con la naturaleza que habría que juzgar como poéticas, como místicas, pero también como objetivas —pues, en efecto, somos parte de sus procesos—, son elementos necesarios para las hoy necesarias reflexión y acción en uso y consumo de los recursos (p. 33).

En el hilo de esa discusión aparece el primer capítulo del libro, donde Chesterton, de pie y apoyándose en su bastón, lee un poema que escribió al santo de Asís —“St. Francis of Assis” de 1923—. En él las margaritas del campo son los ojos de Dios que ven a la muerte reír cadavérica. Allí se desglosan los conceptos de naturaleza, hermandad y romanticismo vinculados a la vida de Francesco. Su mensaje espiritual es sintetizado por Chesterton en unos pocos versos y glosado luego por López en un juego contrapuntístico y comparatista que convoca, entre muchos, a William Blake, Jorge Luis Borges, José Lezama Lima y al toro nicaragüense Rubén Darío, que da una visión en muchos puntos contraria a la de Chesterton. Sin embargo, inocencia, alegría y humildad son palabras que resuenan en el lector contemporáneo que puede ver, al aplicarlas a nuestra realidad, cómo el sistema de la devastación que nos dirige tendría que sucumbir ante el mensaje franciscano.

En el segundo capítulo es Francisco quien se pone de pie con una sonrisa. En el monte, los hongos, las plantas y los animales reposan en silencio para contemplarlo. Chesterton rompe la pausa y comienza a crear, alrededor del sol de Asís, las imágenes más fulgurantes de su vida. A sus pies, López intenta entender el porqué de dicha emanación de Amor y Verdad. En esta parte del libro la lectora —alma humana capaz de *Sofía*— podrá encontrar un comentario continuo a la biografía de san Francisco de Asís que escribe G. K. Chesterton. López desgrana cada uno de sus diez capítulos y pone sobre la mesa la veracidad de sus milagros, su proyecto “anarco-comunista” y la

vida monacal en la pobreza que intentaron llevar a cabo los franciscanos. Asimismo, aparece una de las ideas más fuertes de las casi doscientas páginas del libro: la vida como obra de arte.

Francisco, de quien se cree solo escribió el *Cántico del hermano sol o alabanzas de las criaturas*, no fue un poeta convencional. En su vida el *ethos* y la *poiesis* (la conducta y la creación) estaban sintetizados. Abandonar toda posesión y salir a los caminos a mendigar piedras para construir su iglesia, querer arrojarse a las llamas para probarle al sultán egipcio Melek-el-Kamel que Cristo era la verdad y la gloria, decirle al fuego que es su hermano antes de que le quemara los ojos para librarlo de la ceguera, tener sueños proféticos sobre la salvación del cristianismo y recibir los estigmas por un ser inmenso en forma de serafín crucificado son imágenes que prescinden de la palabra para hacer de la vida una obra de arte. La imaginación medieval y hagiográfica es una de las formas en las que la poesía se hace historia. ¿Qué nos habrá pasado, que ya ni siquiera encontramos belleza en nuestro obrar?

Hacia la cima del monte se dirige el tercer y último capítulo. Francisco y Chesterton se han quedado rezagados conversando en un claro. López emprende el ascenso en soledad. Desde el pico se hace una pregunta: “¿Se puede hablar de cuál fue el más importante de los herederos del testamento de Francisco de Asís, dentro de los cercanos a su tiempo, en el marco del desarrollo de las ideas o de la filosofía?”. Aquí el discurso se dirige a los vientos. La pregunta por la continuidad del mensaje franciscano cobra relevancia en las figuras de Ramón Llul, Dante Alighieri, Buenaventura de Bagnoregio, Tomás de Aquino, Roger Bacon, Juan Duns Escoto y Guillermo de Ockham. Sobre cada uno se apuntan sus hallazgos más relevantes y se dice entre todos estos grandes quién es el mejor, dato que omitiré aquí para dicha de aquel que se sumerja en sus páginas.

Dejemos a nuestros amigos en la espesura de aquel monte y apuntemos dos consideraciones. La primera es que este libro es, además de una clara disertación sobre Francisco de Asís y Chesterton, un manifiesto por la dignidad del ensayo como género y el oficio del lector. Por estos tiempos, algo que se hace llamar academia, pero que ha olvidado el sentido original de dicha palabra, propugna la objetividad, la frialdad y la citación desmesurada como elementos imprescindibles para aquellos que quieran hacerse investigadores. Nada más falso que esa vana pretensión, pues se les olvida que la metáfora, la imagen y la intersubjetividad son rutas de conocimiento con igual valor. En este ensayo, López deja claro de qué lado está. Alusiones a las pinturas de Francisco

de Zurbarán, comentarios efrásicos a las pinturas del Giotto di Bondone o a los grabados de William Blake se mezclan con referencias a obras filosóficas de Max Scheler, Edmund Husserl o los ya canónicos Platón y Aristóteles. Sin dejar de lado, claro está, a escritores como Víctor Hugo, Herman Melville, Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Julio Cortázar o al bardo colombiano Raúl Gómez Jattin. El lenguaje combina al poeta con el narrador y estos a su vez con el tratadista filosófico e incluso con el místico. Fuerte llamado para aquellos que creen que razón e imaginación son antagonistas.

La segunda, y última consideración, apunta a una de las tesis del libro: la paradoja como método y principio de la vida humana, que encuentra Chesterton en Francisco de Asís. En nuestro caso, la paradoja que aquí se presenta es la del amigo-crítico que está entre la objetividad y el afecto. Andrés Felipe López es mi amigo. Sería mentiroso negar ese detalle u omitirlo ante las lectoras de esta reseña, que están prestas a la degustación del ensayo que aquí comento. Esto nos pone ante una encrucijada, pues además de conocer personalmente al autor, alusiones a textos míos y de nuestro amigo Nicolás Duque están presentes en algunas páginas de *El hombre que creía demasiado*. Además, muchas de sus tesis fueron discutidas entre risas y café en nuestra ya canónica tertulia sabatina. Sobre esto vale la pena decir algo: la amistad es uno de los valores fundamentales en la escritura de López; “Escribo para que mis amigos me quieran más” es la frase de Gabriel García Márquez que suele abrir todos sus libros. La pretensión de construir el conocimiento en soledad o el afán de hallar una originalidad absoluta son ideas que aquí no tienen cabida. El escritor aguerrido sabe que en las lecturas se encuentran los mejores amigos, vivos o muertos. A veces, por los pasillos de las universidades parece haber un temor exacerbado a construir conocimiento en cofradía. ¿No tendría más sentido aunar fuerza contra la ignorancia, la miseria y la maldad? Recuérdese solamente el prólogo de Borges a *La invención de Morel* de su amigo Bioy Casares o las críticas de Lezama Lima a sus amigos del grupo Orígenes. Una cosa es el amiguismo, otra la amistad; la primera es un vínculo basado en el interés, la otra un vínculo sustentado en la fe y el Amor.

Francisco y Chesterton siguen conversando bajo el hechizo de la amistad. Andrés viene bajando y se lo ve unirse a esos dos hombres que creían demasiado y pudieron ser felices por ello. Sea pues este libro un llamado a la fraternidad y a la búsqueda del conocimiento como proyecto de hermandad.